

CLÁSICOS DESTACADOS. REVISIONES PSICOANALÍTICAS. INDEPSI -ALSF.

PSIQUE: Sobre la historia del desarrollo del Alma. (1 PARTE.)

Carl Gustav Carus^(**)



Índice:

1.- DE LA VIDA INCONSCIENTE DEL ALMA

- 1.1 Sobre la esencia de los primeros procesos de formación del organismo humano
- 1.2 Consideración de la primera instauración de la estructura del organismo, en sistemas diversos, a través de la diligente acción inconsciente de la idea.
- 1.3 Acerca del carácter esencialmente inconsciente del proceso, mediante el cual, en medio de la especie, ocurre la multiplicación de los individuos.
- 1.4 Acerca de lo que, incluso en un alma volcada hacia la autoconciencia, todavía pertenece al reino de la inconsciencia.
- 1.5 Acerca de los estados enfermizos que puedan afectar a la vida anímica inconsciente.

1.- DE LA VIDA INCONSCIENTE DEL ALMA.

Se trata de una sensación muy particular que poseemos al volverse nítido en nuestro pensamiento autoconsciente, la peculiaridad, normatividad y elevada belleza que ocurren en nosotros y en las demás cosas vivas, mucho antes de cualquier razonamiento, mediante las cuales se conducen el volverse real y el mantenimiento de nuestra formación. Cuanto más profundicemos en estas profundidades de los procesos de formación, tanto más aumentará nuestra reverencia ante esta acción celosa. Quien haya seguido paso a paso las cristalizaciones de las partes primordiales, que ocurren con una constancia inalterable en un único organismo; quien haya visto cómo surgía, a través de infinitas repeticiones de la única forma primordial del primer folículo microscópico, una formación celular peculiar, la cual, en todas partes, se convertirá en el fundamento a partir del cual se constituyen vasos sanguíneos, nervios, músculos, huesos, de acuerdo con ciertas irradiaciones y metamorfosis bien definidas; a este le será gradualmente comprensible la sabiduría, poder y belleza, aún desprovista de cualquier autoconciencia, mediante la cual un divino individualizarse pueda auto revelarse. Como resultado, por lo tanto, no es posible evitar que se imponga la siguiente pregunta: “¿Es capaz la actividad libre del alma autoconsciente de ascender a un nivel comparable al de esa belleza, riqueza de plenitud interior, mediante la cual ese actuar celoso inconsciente del principio anímico, día a día y hora tras hora, se despliega ante nuestros ojos?”^{15]} – Todo lo dicho sobre la relación y contraposición entre naturaleza y arte (Kunst) puede ser concatenado a esto; y siempre nos convenceremos de que la plenitud interior y la suprema practicidad de estas formaciones, que este inconsciente es capaz de generar, están infinitamente por delante de todo y de cada cosa que el espíritu consciente pueda producir de manera análoga. Sí, al volverse cristalino que todo lo que llamamos ciencia del alma consciente se reduce simplemente a un seguimiento, a una búsqueda de las condiciones y leyes que actúan continuamente a través de la acción celosa e inconsciente, en lo diversamente vivo, alrededor y dentro de nosotros, desde los astros del universo hasta las células sanguíneas; entonces nos sobreviene una circularidad propia del mundo de las ideas, que se desarrolla desde la inconsciencia hacia la conciencia; y, como tal, a menudo buscará prioritariamente lo inconsciente y solo se dará por satisfecha mediante el mejor entendimiento posible de esto.

También en lo que concierne al propio ser humano, nos damos cuenta, en estas consideraciones, de algunas relaciones sorprendentes: al convencernos, especialmente, de que la formación de este nuestro organismo, abstrayendo totalmente su vida consciente, que posteriormente se desplegará a partir y desde dentro de ella, presenta una plenitud, diversidad y funcionalidad interior que no tiene equivalente en otro organismo de este tipo; entonces, esto, en general, nos llenará de una reverencia particular hacia el ser humano, aun totalmente independiente de lo que el ser humano, como individuo consciente, pueda llegar a ser, de manera especial. Por lo tanto, incluso en ese individuo, por más precariamente que haya desarrollado su espíritu consciente; sí, incluso, si ha perdido totalmente su dignidad como alguien autoconsciente, reconoceremos, no menos, una sabiduría, funcionalidad, e incluso cierta belleza de la vida interior, que nos llenará de admiración cuanto más avancemos en el conocimiento de estas manifestaciones.

Desde esta reverencia, aunque aún no trascienda completamente al reconocimiento, que impregne y necesite atravesar al ser humano, hacia este inconsciente, se explican muchas cosas acerca de las representaciones de la humanidad, incluso en las épocas más remotas: por ejemplo, el propio respeto típico hacia la naturaleza del niño, incluso antes de que desarrolle una vida autoconsciente más elevada; el temor ante el asesinato de un ser humano; incluso, en el caso del hindú, el tabú contra la destrucción de cualquier vida animal; y, entre tantos pueblos, incluso la adoración hacia la propia forma humana; y, en algunos casos, hacia algunas formas animales, como algo divino. Evidentemente, cuanto más incipiente sea aún el reconocimiento, tanto más se notarán malentendidos en estas representaciones, ya que a menudo, allí, solo se tomaba por divino -un único rayo de este Dios absoluto solo intuido por nosotros-; fuera este, la divinidad propiamente dicha; y, precisamente en este contexto, se pone de manifiesto, en general, la fuente del error, de hecho, del panteísmo. Este panteísmo, es decir, la opinión de que muchas cosas sueltas podrían ser una divinidad absoluta, está en completa antítesis con lo que tal vez, más adecuada y justificadamente, debería designarse como enteísmo; es decir, el reconocimiento de lo divino en todo; y, tan evidente como debiera ser así, que este enteísmo, verdadera y únicamente, caracterizaría una concepción saludable del mundo, también sería cierto que un panteísmo total, de hecho, como el ateísmo real, es demasiado absurdo como para satisfacer, en el sentido pleno de la palabra, incluso a una inteligencia humana mínimamente desarrollada.

En cuanto a nuestra teología actual, así como a una ampliamente difundida especie de fisiología, al enseñar cosas de este tipo, todavía se mueven en un círculo extraño: se reconoce el primor y la sabiduría divina en las formaciones de la naturaleza, así como en la organización del ser humano, e incluso se recomienda la intensificación del reconocimiento de lo divino en general; y, a pesar de ello, se distinguen dos cosas completamente antitéticas entre esta acción celosa e inconsciente de un divino en vías de individualización y el divino consciente registrado en el alma humana desarrollada. Este inconsciente inicial, a su vez, es tratado, en contraposición al alma, por ejemplo, como *elan vital*; y este último, por consiguiente, a veces aparece degradado a un mero mecanismo; y en otros casos, es concebido como algo especialmente demoníaco, de modo que, en última instancia, no faltaría mucho para convertirlo en una revelación del mal -fuera un principio satánico- francamente contrapuesto al psiquismo consciente, considerado la revelación del bien y del principio divino auténtico; aunque no se pueda negar la perfección divina verdaderamente interior de todas las producciones de esta acción celosa e inconsciente primordial. Estas son aberraciones que aquí solo se señalarán de pasada, pero que, verdaderamente, se alejan aún más de la verdad que propiamente aquellas del así llamado panteísmo.

Como ya se ha dicho en la introducción, puede ser difícil captar la verdad, en la región de la vida anímica consciente, el concepto del sufrimiento y la acción inconsciente del alma; pero, sin embargo, solo aquí, por otro lado, se puede encontrar la clave para una verdadera psicología. Por lo tanto, intentemos inicialmente motivarnos, prestando atención a cuántas cosas, también dentro de la condición consciente de nuestra alma, sin embargo, se dinamizan y planifican solo como un inconsciente: así, por ejemplo, no puede quedar ninguna duda de que los músculos que sirven al movimiento de la inspiración obedecen al arbitrio de nuestra vida anímica consciente, por el efecto de la vida neuronal que se disemina sobre ellos. Podemos inhibir estos movimientos por cierto tiempo; también podemos acelerar, interrumpir, aumentar o disminuirlos intencionalmente; y así percibimos su completa dependencia de nuestra alma autoconsciente.

Sin embargo, estos movimientos ocurren, por lo general y continuamente a lo largo de toda nuestra vida, en su mayor medida, de manera completamente inconsciente, lo que nos hace comprender que entre la conciencia y la inconsciencia hay una frontera muy maleable; y que tanto la conciencia como la inconsciencia son irradiaciones de una y la misma unidad. Además, esto tal vez llame la atención en relación con todos los movimientos que sirven a alguna destreza artística: en este caso, totalmente sujetos a la región de la conciencia y ejecutados enteramente por los músculos comandados por el arbitrio, lo que llamamos “aprendizaje”, “entrenamiento”, no es más que un esfuerzo por devolver a la región de la inconsciencia algo que pertenece a la conciencia. Imaginemos, por ejemplo, a un pianista: cada una de las posiciones o aceleraciones de los dedos es originalmente arbitraria y necesita ser evocada intencionalmente por una corriente neuronal individualmente deseada en los músculos apropiados. Cuanto más se evocan y se repiten estos movimientos, más pasan, gradualmente, a través de toda su complejidad especial, completamente al reino de la inconsciencia; y así, sustraídos a la conciencia, de modo que cada uno ya no necesite ser pensado individualmente; pero la mera imaginación de la ejecución de ciertas secuencias de tonalidades, en general, ya es suficiente para suscitarlo de manera totalmente inconsciente, en su totalidad y en cada una de las secuencias temporales deseadas, con tanta seguridad como ocurren los movimientos respiratorios, sin que necesitemos pensar en ellos. El caso es el mismo con el aprendizaje de la locomoción espacial más esencial, la marcha, así como con respecto a cientos de otros movimientos; de todo esto resulta, por lo tanto, claramente, que tanto en relación con la habilidad como con el conocimiento, la incursión desde el lado consciente al inconsciente, verdaderamente, integra el apogeo de la plenitud humana.

Por último, aún hay una observación que merece la atención total del psicólogo y que, hasta el día de hoy, no ha sido suficientemente investigada, aunque definitivamente E. Stah [16]² ya ha llamado la atención sobre varios aspectos de este tipo: de hecho, es muy curioso que al actuar, en la habilidad, en el arte del ser humano, estén trazadas previamente, en este contexto, rutas muy similares a las del reconocimiento, del conocimiento, de la ciencia. Así como caracteriza un nivel más elevado de la ciencia cuanto más profundamente penetra el reconocimiento consciente del ser humano en la percepción de las ideas y leyes que actúan inconscientemente en nuestro propio organismo y en la manifestación del mundo que nos rodea; así también, por lo tanto, la tarea más elevada de la enseñanza sobre el alma es adentrarse en esas regiones donde la vida anímica aún se manifiesta activamente sin ninguna conciencia; así también, cualquier capacidad solo se convertirá realmente en arte en la medida en que toda acción, aunque deba servir a un propósito determinado de la voluntad, a menudo, en sí misma y por sí misma, se realice inconscientemente; y precisamente por eso, favorezca la más excelsa ligereza de cualquier producción, cuando para ella se vuelva nuevamente superfluo que el alma tenga que reflexionar, especialmente e intencionalmente, sobre la realización de cualquier acción que se le haya asignado; de modo que, a partir de entonces, el alma, cuando desee ejercitarla, solo necesite dejar vagar en la imaginación su propósito, pura y vivamente, para desencadenar, fresca y ligeramente, la habilidad técnica para alcanzarlo.

Volviendo, además, nuevamente a lo que llamamos, en relación con la vida anímica consciente, saber, reconocer, entonces ahora entendemos también, a medida que prestamos atención a su origen en la inconsciencia, por qué Platón ya presentaba todo aprender a reconocer como un recordar, un “reencuentro en el interior.”[17]; por lo tanto, encontrar allí, donde hasta entonces no hubiera ningún conocimiento; y, no obstante, donde esa verdad, ese pensamiento, aun así, estuviera presente, como ocurrió con el embrión inconsciente, a la madre consciente; proceso este, precisamente en vista del cual, Sócrates, tantas veces, prefería que el desarrollo del pensamiento fuera considerado como un acto típico de ayuda en el parto. Todo esto, por consiguiente, indica definitivamente la riqueza de este mundo peculiar que llevamos con nosotros, en la oscuridad de nuestro interior; y, cualquier reflexión de este tipo, inmediatamente, servirá para formar una idea más precisa acerca de esta relación fascinante entre consciente e inconsciente. Una luz aún más intensa, por cierto, podrá proyectarse sobre este asunto, si reflexionamos sobre el gradual surgimiento de ciertas orientaciones especiales innatas en el alma consciente. Aquí se muestra, al mismo tiempo, cuánto necesitamos remontarnos a la historia de la idea de nuestra existencia -y, por lo tanto, también, al reino de la existencia inconsciente- si queremos encontrar los primeros fundamentos de la singularidad de esta existencia. En este sentido, recuerdo inicialmente cuántos rasgos muy peculiares, también de la vida anímica consciente,

pueden ser heredados de los padres por los hijos; cómo algunas direcciones específicas del espíritu, diversas inclinaciones especiales, varias predisposiciones artísticas, de este modo, se convierten en talentos de las personas, aunque estas, sobre todo, a menudo, florezcan realmente mucho más tarde, ya estaban presentes, como predisposiciones, desde el principio. Imaginemos, pues, en qué condición, totalmente desprovista de conciencia, se encontraba el alma en esa época, cuando, en los primeros períodos de formación del óvulo, solo tales formas de transmisión eran posibles. Hagámonos conscientes de cómo aquí, en el alma del embrión, mientras que ella solo fuera una fuerza que actuaba en la formación, desarrollo; en la atracción y distribución de sustancias, aunque de manera inconsciente, todas las demás orientaciones del espíritu de la vida consciente, que solo más tarde se harán evidentes, ya estaban preformadas realmente. Si lo hacemos así, tendremos ante nosotros uno de los momentos más notables e instructivos de la historia de la relación entre consciente e inconsciente. Ciertamente, en este contexto, se hará explícito cuánto, fuera y dentro, nuestra vida anímica consciente descansa en la región del inconsciente y emerge de ella; así como el primer acto creador de la idea que se vive allí como alma, fundamenta, de manera aun totalmente inconsciente, la admirable diversidad del organismo; así como, inmediatamente después, cuando, a través del reflejo de la idea en esta creación, surge la conciencia, es decir, la irradiación inconsciente de aquel divino que es la fuente inagotable, a partir de la cual siempre surgen, más y más, nuevos enriquecimientos a la conciencia.

Justamente porque reconocemos como de suma importancia, para los fines de una ciencia del alma, adentrarnos lo más profundamente posible en la comprensión de la idea sin conciencia, que opera celosamente dentro de nosotros, es que aquí se requiere inicialmente esbozar, con trazos más agudos, la historia del organismo en proceso de desarrollo, en particular, la del humano. En este sentido, es especialmente necesario reconocer de manera clara la esencialidad del proceso de desarrollo, sin embargo, sin perderse en todas las modificaciones individuales del mismo; una comprensión que, sin embargo, solo se ha vuelto posible recientemente, mediante investigaciones meticulosas, en su mayoría aún desconocidas para el profano, e incluso para muchos médicos. Solo a partir de esta claridad en la comprensión será verdaderamente posible deducir retrospectivamente la peculiaridad mediante la cual actúa, en general, una vida anímica que se forma inconscientemente. Si E. Stahl,[18]³ a quien, ya en el siglo XVII, llegó el pensamiento de que “solo el alma crea y da forma verdaderamente al organismo”, hubiera tenido condiciones en su época de concebir de alguna manera representaciones más claras sobre esta formación y la verdadera relación de una idea con su existencia allí; y si no hubiera sido detenido en la búsqueda de una contemplación más clara, aún por el supuesto de cierta materialidad del alma; entonces, la esencialidad total de estas relaciones necesariamente se le habría revelado. Aun así, el autor mencionado ya había percibido de hecho la diferencia entre la vida consciente e inconsciente del alma, cuando afirmaba con gran acierto: “aunque lo inconsciente e involuntario ocurra en el organismo también como *ratione* o λόγος; aunque no como *ratiocinio* o λογισμῶ”, cuyo reconocimiento también lo llenaba y satisfacía tanto que miraba desde arriba con cierto desprecio la psicología de su contemporáneo F. Hoffmann; e incluso tuvo serias fricciones con Leibniz, dado que este, aunque más acertadamente, captó el alma en su inmaterialidad que él mismo; sin embargo, no consideraba la relación del alma con el organismo y, además, suponía una segunda entelequia en el organismo, la de la fuerza del movimiento, aparte del alma, a la cual Stahl, por su parte, rechazaba, ya que el concepto de la unidad del organismo realmente se le había hecho patente y claro.

1.1. Sobre la esencia de los primeros procesos de formación del organismo humano.

Una verdadera desgracia ha surgido dentro de la psicología, ya que, en tiempos más recientes, la mayoría de los autores que se ocupaban de su elaboración ni siquiera poseían un conocimiento muy incipiente sobre los procesos de formación y vida del organismo, basándose en conceptos bibliográficos. Por lo tanto, al buscar cierta claridad en lo que denominaban relación alma-cuerpo, solo tenían ante sus ojos una imagen imprecisa de la totalidad estructurada del cuerpo adulto y carecían completamente de una representación correcta de sus condiciones iniciales más simples. Aristóteles ya afirmaba: “Y en vista de esto, compete a los científicos naturales considerar el alma, ya sea en general o en su constitución específica” [21] Pero, ¿cómo podría surgir en nosotros un reconocimiento adecuado de lo consciente sin que este fuera precedido por el reconocimiento

y el escrutinio de lo inconsciente, que a su vez tampoco pudo ocurrir antes debido al déficit de conocimientos previos? Por lo tanto, al igual que en la morfología, solo a través del estudio de la historia del desarrollo, la teoría sobre la relación y el significado de los órganos puede emerger más de cerca; de la misma manera, solo se reconocerá y descifrá adecuadamente la forma y la manera en que algo divino -una idea- un arquetipo[22]⁴ de un ser, anterior a cualquier existencia —vive en la realidad— a través de un facsímil; y también las relaciones que desde entonces se establecen continuamente entre este arquetipo y su respectiva copia, cuando remontamos a condiciones en las que estas relaciones y formaciones aún eran muy simples; por otro lado, será mucho más difícil captarlas si ya han alcanzado una multiplicidad infinita y compleja.

Cuando nos dedicamos a estas consideraciones, es necesario anteponer e iluminar un hecho como el más importante, a partir del cual solo es posible alcanzar una comprensión inmensurable de todas las condiciones similares; un hecho que solo ha sido verdaderamente revelado a partir de investigaciones más recientes, y que, si pensadores como Aristóteles y E. Stahl lo hubieran conocido, habría hecho que comprendieran plenamente la formación inconsciente del alma. Este hecho es el siguiente: la igualdad perfecta primordial de todas las partes elementales del organismo o, en verdad, que toda la ampliación de la estructuración de los miembros, en el cuerpo vivo, está determinada por múltiples repeticiones infinitas de una misma forma elemental más simple. Sin embargo, la forma más simple de todas es la esfera pura, y así, las infinitamente diminutas esferas huecas, las microburbujas, las células primordiales, que como unidades orgánicas (mónadas), fundamentan la diversidad de toda la formación orgánica. Por lo tanto, cada vez que se materializa la idea instaurada en tales mónadas y en cada célula primordial del organismo, es siempre solo la replicación de esa célula primordial original, del ovoblasto, del folículo, a partir del cual el organismo en su totalidad comenzó; y, precisamente por eso, cada una de estas células primordiales es, a su manera especial, la expresión de la idea del todo y, por lo tanto, de manera autónoma, viva.

Reflexionemos en consecuencia sobre la idea de tal estructuración y encontraremos que, de hecho, habremos dado un paso colosal hacia la comprensión de la vida en general y de la relación entre el alma y el cuerpo estructurado, de manera especial. Precisamente la falta de este reconocimiento ha llevado a investigadores más antiguos y aún a varios contemporáneos a una búsqueda absurda de la localización del alma, como si estuviera fijada en un solo punto, como una araña en el centro de su tela, desde donde pusiera en movimiento el engranaje mecánico del cuerpo. Por otro lado, aquel que haya sido capaz de concebir correctamente esto, es decir, que toda la forma básica del organismo consiste en innumerables repeticiones de una forma elemental; que cada célula es una replicación del ovoblasto primordial; y cómo, por sí misma, siempre y repetidamente realiza la idea fundamental o adquiere vida propia, considerará con otros ojos este todo que se va construyendo a partir de todas esas repeticiones. Solo a través de esta representación podemos llegar verdaderamente al concepto mejorado en relación con cualquier organismo más desarrollado y, especialmente, el humano, como un microcosmos; un concepto que, de otro modo, solo sería concebible por la mayoría como una alegoría y, por lo tanto, insatisfactorio..

Cuando, por otro lado, nos volvemos conscientes de que el blastocisto más ancestral del organismo solo se manifiesta como algo individual, como una mónada; y que, luego, durante el primer avance de su formación, una miríada de nuevas mónadas se desarrollan a partir de este blastocisto; sí, que todo el cuerpo del embrión que gradualmente emerge solo se constituye en forma de microburbujas repetitivas, células, a partir de las cuales, gradualmente, según un plan superior de la totalidad de la idea, se agrupan el cerebro y los nervios, los músculos y los huesos, los órganos de los sentidos, de formación y de alimentación; mientras que, simultáneamente, innumerables mónadas, que surgen y perecen ininterrumpidamente como células sanguíneas, circulan por todas partes; sí, que también, durante el transcurso de un solo día terrestre, a menudo, una multitud de esos blastocistos o células primordiales, que se han agregado en estructuras más grandes, dejarán de formar parte de la organización, se despegarán y serán destruidos; mientras que, innumerables otras, siempre se reestructuran y se unen a las existentes; y que, aun así, en todas esas células formadas hasta el infinito, siempre se realiza de manera muy peculiar esa idea de vida primordial del organismo; entonces, generamos un concepto de vida que, en un sentido verdadero, se puede llamar digno y que nos permite presentar y demostrar que el cuerpo vivo, aparentemente simple y sereno, es en realidad un

mar agitado por el constante perecer y devenir, en el mismo sentido que, por ejemplo, un sistema de astros en el universo, en resumen, como se mencionó anteriormente, verdaderamente como un microcosmos.

En estos procesos, por lo tanto, vislumbramos la primera acción sin conciencia de esa idea divina que de ahora en adelante deberá vivir allí como alma; es decir, cómo aquí, bajo ciertas condiciones, surge, en un líquido proteico simple y, sin embargo, con la misma necesidad formativa, como en esa gota de agua que flota en la atmósfera, cuando la temperatura desciende, donde se manifiesta la idea de una cristalización hexarradiante del copo de nieve; y pronto reconocemos que esta primera actuación, carente de conciencia, se manifiesta, en general, en dos sentidos: en parte, específicamente, se manifestará continuamente en una y la misma formación primordial, ya que, en general, ocurre un desarrollo del organismo, reproduciéndose e instaurándose ininterrumpidamente; y por otro lado, como una superior que busca presentar la totalidad de un organismo estructurado de manera múltiple. Se podría afirmar, por lo tanto, que aquí se repite a menudo, en la propia sustancia, la antítesis mencionada anteriormente entre sustancia y forma, ya que la replicación infinita de la célula primordial, bajo una miríada de mónadas o células con vida propia, parece presentar la sustancia, el material del organismo; mientras que las variadas modificaciones de estas células agrupadas infinitamente, según el esquema superior de la totalidad de nuestra formación orgánica, fundamentan la forma y, mediante ella, como dijo Aristóteles muy acertadamente, “la realidad de toda formación viva”. [23]⁵

No obstante, en este contexto, no solo deberíamos considerar importantes estas condiciones constitutivas espaciales, sino que también el momento temporal requiere nuestra atención especial. Si esta actividad productiva de lo divino dentro de nosotros, que denominamos alma en su pleno desarrollo, fuera simplemente un evento repentino, que actuara solo una vez y se manifestara como un destello y no se extendiera en el tiempo; entonces, en ese caso, de hecho, no se distinguiría en nada de la cristalización o formación de cualquier miembro del organismo terrestre; pero es, en cierta medida, duradera, transformadora, siempre destructiva y reconstructiva; y así también, precisamente a través de estas repeticiones, mantiene al organismo; y a través de esta revelación inconsciente de un organismo superior, surge una propiedad suya, altamente notable, a saber, que se refiere tanto al tiempo como aquel primer momento formativo se refirió al espacio.

De esta propiedad resultan condiciones muy importantes también para el desarrollo de la vida consciente superior. Como se había evidenciado antes, en relación con la manifestación espacial del organismo, siempre se requiere una cantidad interminable de unidades, subordinadas a la constitución de una forma más completa y elevada, así también es necesario que aquel efecto mantenedor-progresivo, propio y necesario de esa producción temporal de lo divino inconsciente en el organismo, se someta, en todos los momentos temporales individuales de su existencia, a un tiempo general de su existencia. Este divino, que necesariamente también participa del predicado de la eternidad, revela continuamente su esencia, de modo que incluso se podría decir que una fracción de esta eternidad se manifiesta por un período de tiempo, que continuamente se desintegra en pasado y futuro y que, por así decirlo, podría llamarse su eternidad relativa; es decir, su tiempo de vida. Pero precisamente porque, como consecuencia, cada pasado y futuro del organismo vivo consiste en partes integradoras de un todo, es necesario que se comporten unas con otras de la manera más precisa: el pasado debe señalar claramente al futuro; así como el presente al pasado; y en este aspecto reside precisamente el fundamento superior de esa relación entre los tiempos, que más adelante caracterizaremos en relación con la conciencia, la memoria y la previsión.

Aunque todo el crecimiento, formación, destrucción y reconstrucción —en resumen, todo este devenir inconsciente— siempre revele, de la manera más consistente y precisa, las relaciones entre lo precedente y lo subsiguiente, y entre lo ulterior y lo anteriormente existente, aunque él mismo se manifieste en una constante fuga entre pasado y futuro, sin tener realmente un presente; aun así, esta previsión y memoria dentro de él debe considerarse más segura y certera que la de la esfera consciente; y aquí se vuelve una tarea importante, donde se desee reflexionar sobre el inconsciente del alma, explicitar cuál es la verdadera condición de esta memoria inconsciente y esta capacidad de previsión inconsciente. Solo más adelante, por lo tanto, se concluirá que un presente verdadero, es decir, encontrar un verdadero punto de apoyo entre pasado y futuro, solo será posible para el espíritu consciente; así como, en general, superar la fugacidad del

tiempo y apoderarse de la eternidad. Aquí, sin embargo, en el desarrollo del espíritu consciente, al alcanzar el presente, por otro lado, el pasado y el futuro se vuelven más borrosos, mientras que, aunque el inconsciente prescinda de un presente de hecho, tanto más íntimas y certeras sean las relaciones entre pasado y futuro.

En cualquier caso, es de suma importancia que nos volvamos completa y perfectamente claros en cuanto al sentido de lo que se encuentra oculto, en la opacidad de la producción inconsciente de la idea y que, aun así, se corrobora con tanta precisión mediante la previsión y la memoria; y será necesario detenernos más detalladamente en este aspecto inicialmente, para construir un concepto totalmente claro y completo al respecto. Solo después de completarlo con éxito, será posible comprender lo que, a partir de esto, realmente pasa a la vida consciente del alma; sí, demostrar cuánto esta vida consciente, única y justamente, está fundamentada por este prometeico y epimeteico de la idea que crea inconscientemente. No fue sin una profunda sabiduría que los griegos relacionaron los mitos de Prometeo y Epimeteo con todo lo que pueda ser llamado una formación superior de la humanidad.

Esta enseñanza sobre lo prometeico y lo epimeteico del inconsciente, hasta el día de hoy totalmente desatendida, sin embargo, se nos aclarará de manera más cristalina si, en primer lugar, dirigimos una mirada más aguda a la historia de toda la vida orgánica inconsciente: al misterioso y silente desarrollo del mundo vegetal o a la vida con un ímpetu mucho más inquieto y agitado del mundo animal. En cada movimiento y forma, si tenemos un espíritu atento, podremos comprender que hay algo oculto en todas partes, mediante lo cual es posible interpretar retrospectivamente algo del pasado que ya estaba presente allí anteriormente, y mediante lo cual también es posible anticipar algo de lo que seguirá formándose, es decir, algo futuro. Así, por ejemplo, las primeras divisiones de un brote de planta indicarán el tipo y la posición futura de las hojas; así como las hojas, indicarán la corona de flores; y también, la primera predisposición a florecer, indicará la estructuración precisa de una formación a partir de la cual la planta surgirá, como un todo, en la génesis de su vida; y aunque permanezca inconsciente, se mantendría tan presente en su memoria que sería capaz de reproducirla completamente en el apogeo de su vida, en forma de una semilla. Sí, al observar más de cerca la vida, pronto veremos que debe conservarse por completo, en su anhelo de continuidad, un sentimiento, un recuerdo inconsciente de lo que anteriormente estuvo presente; de lo contrario, sería totalmente inexplicable que, en el apogeo de un desarrollo, después de haber pasado por múltiples fases variadas, algo pudiera regresar exacta y completamente formado como en el brote inicial, del cual surgió la formación (por ejemplo, el óvulo o la semilla); y por otro lado, reconoceremos que debe permanecer viva una previsión precisa, aunque inconsciente, de hacia dónde debe orientarse su proceso de formación y qué debe aspirar; de lo contrario, sería totalmente inexplicable su camino seguro de progresión, así como la preparación regular de diversas manifestaciones que, en sí mismas, siempre pueden constituir períodos de transición, pero que, a su vez, siempre están subordinadas a propósitos más elevados. Por lo tanto, cuanto más profundizamos en todo esto, cuanto más precisamente reconocemos que, mediante una solidez extraordinaria, el sentimiento retrospectivo de lo preexistente y lo prospectivo de lo venidero se expresan aquí inconscientemente, tanto más nos convencemos de que todo lo que llamamos memoria o recuerdo en relación con la vida consciente, y aún más allá, todo lo que vemos como conocimiento anticipado en relación con esta región, en verdad, no está muy lejos de la solidez y seguridad mediante la cual, en la región de la vida inconsciente, este principio epimeteico y prometeico; esta capacidad de recordar y prever, aún sin conciencia de un presente, se hace valer. Cuando, en animales de órdenes inferiores, un miembro perdido es reconstruido, de la manera más perfecta, como regenerado, a partir de un recuerdo inconsciente de su imagen preservada; cuando, en el óvulo humano inicialmente microscópico, a lo largo de su desarrollo gradual hasta el humano maduro, la imagen de la organización humana, en general, e incluso, de manera especial, la de la organización materna o paterna, permanece de manera tan inolvidable, a lo largo de generaciones, para hacer resurgir cada vez más y de manera gradual, realmente, en la forma más clara, esa imagen de esa primera generación; cuando, una semilla almacenada en seco, a lo largo de un milenio, conserva la forma de la planta de la que proviene, con tanta claridad que, al proporcionarle humedad, nutrientes y calor, es capaz de presentarla nuevamente, con todos los detalles, en la constitución microscópica de sus células; entonces, de ninguna manera se puede ignorar que aquí está en juego algo poderosamente epimeteico. Cuando, por otro lado, en el embrión que aún no tiene idea de la atmósfera a la que será expuesto más tarde, sin embargo, ya se está preparando, con

la mayor perfección, el maravilloso tejido de la estructura pulmonar, en el que, solo después del nacimiento, esa atmósfera debe penetrar; cuando, las secreciones que protegen los huevos de la mariposa nocturna son expulsadas más intensamente tan pronto como se acerca un invierno más riguroso; cuando, las semillas de tantos tipos de plantas ya han tenido que preparar, a tiempo, sus recursos de vuelo, mucho antes, dentro de sus respectivos envoltorios, para su posterior dispersión por el viento; entonces, todo esto apunta repetida y terminantemente al poder del prometeico y la seguridad de la previsión inconsciente.

Por lo tanto, hasta ahora hemos obtenido dos grandes hechos relevantes para el conocimiento de la vida interior del alma: por un lado, que lo que realmente se produce inconscientemente en nuestra alma, generando un facsímil de la arqueimagen, y que completa la construcción de esta copia al promover continuamente infinitas repeticiones de ese primer tipo de mónada en la vida; es decir, que establece la célula primordial, de modo que, en este aspecto, cualquier organismo, en verdad, se manifiesta como un mundo de mónadas ininterrumpidamente evanescentes y desvanecientes, esencialmente, como un mundo de unidades que, sin embargo, siempre están subordinadas a una unidad superior y en el cual, por lo tanto, ocurre la misma relación concentradora de la multiplicidad a la unidad, sobre la cual, en sentido supremo, se basa toda conciencia del espíritu. Por otro lado, que nos hemos vuelto conscientes de la constante interacción entre pasado y futuro en la historia de esta revelación inconsciente de la idea en la vida, como organismo, y hemos aprendido a conocer lo prometeico, en vías de realizarse, y lo epimeteico, lo ya realizado, y en ello, al mismo tiempo, sin embargo, por un lado, la condición esencial para esta vida y, por otro lado, la preparación de lo que, cuando la conciencia emerja, será llamado memoria y conocimiento premonitorio.

A pesar de todo lo dicho hasta ahora, no hemos agotado ni de lejos lo que la ciencia aún tiene que decirnos en detalle sobre la diligente acción del inconsciente del alma en una existencia humana; sobre todo, será de gran interés más adelante: a) demostrar cómo, no solo en su totalidad y en general, esta producción de un divino que se vive inconscientemente allí determina lo que llamamos una organización humana, sino también, dado que los infinitos movimientos, irradiaciones, estructuraciones y desarrollos, también de la conciencia consciente, solo se volverán inteligibles teniendo en cuenta la diversidad interior de la estructura orgánica y, a través de los diversos reflejos que ocurren a partir de ella, especialmente para concebir una representación más detallada del surgimiento y el significado de esta estructura orgánica en general; b) cómo, a través de la diligente acción inconsciente de la idea dentro de nosotros, no solo se determina el mantenimiento y desarrollo de una vida individual aislada, sino también la multiplicación de los individuos o el mantenimiento y desarrollo de la especie, que también se retroalimenta, de importancia suprema, en relación con la vida espiritual consciente del alma; a medida que se descubra que una conciencia solo se desarrollará bajo la condición de la vida del individuo dentro de la pluralidad de la especie, por lo tanto, dado que la idea, de manera inconsciente, también provoca la multiplicación de la especie, será necesario dedicarle luego una exposición más detallada; c) finalmente, también será necesario evidenciar más precisamente lo que, en el alma, incluso cuando ha desarrollado una conciencia, todavía forma parte de la profundidad misteriosa del inconsciente. Todo esto, por lo tanto, deberá considerarse gradualmente antes de adentrarnos en los círculos que a menudo se consideran como los únicos pertinentes para la enseñanza sobre la psique, es decir, las regiones del espíritu consciente. Por lo tanto, consideremos lo siguiente.

1.1 Consideración de la primera instauración de la estructura del organismo, en sistemas diversos, a través de la diligente acción inconsciente de la idea.

Entre varias cosas incomprensibles e irresponsables que la psicología más antigua arrastra consigo, en una de las primeras posiciones, se encuentra la enseñanza acerca de la relación existente entre cuerpo y alma, en la medida en que bajo este término no solo se tenga en mente tanto la relación entre la idea -la arque-imago divina, en sí y para sí misma- y su copia corporal forjada en la substancia etérea, también, en y para sí misma; sino que, sobre todo, se entienda, o mejor dicho, no se comprenda realmente, bajo esto, la relación entre diferentes regiones de la vida anímica, respectivamente, como estas se expresan ora consciente-, ora inconscientemente. Así, por ejemplo, se subsumió a la relación cuerpo y alma, la exposición de la relación existente entre las funciones cognitivas del cerebro elevadas a la conciencia y las funciones

digestivas sin consciencia del estómago, al afirmarse que el pensar del alma sería influenciado por la vida nutricional; el espíritu, por la vida sanguínea del cuerpo, etc.; y no se tomara en cuenta que aquí y en todos los demás casos similares, de hecho, no hay ninguna antítesis entre alma y cuerpo; sino que tan solo se tenga delante de sí una contraposición entre diferentes regiones, ora conscientes, ora inconscientes, del alma, que se viva ahí o una arque-imago divina, que se viva ahí temporal y orgánicamente. Ya este enseñamiento falso, llamado 'acerca de la alma y del cuerpo', cuyo efecto recíproco entre estos dos factores, además, de esta manera, aún no pudiera ser elucidado, diseminó mucho equívoco indescriptible en la psicología, y solo se esclarecerá y eliminará verdadera y totalmente cuando la teoría de la estructuración de las diversas esferas de vida y de los sistemas del ser humano sea traída a la plena nitidez; digo eliminado, porque, a lo que verdaderamente pueda ser llamada relación entre cuerpo y alma, arque-imago y facsímile, sobre esto, la psicología apenas necesite tomar la menor noticia. A la psicología, especialmente, solo le interesa la vida; vida en la que la idea, el alma, actúe y se viva ahí; - en todo lo que está vivo, sin embargo, la idea y la substancia etérea, deben ser concebidas *in actu*, de modo general, como eternamente indivisas y solo como una unidad inseparable. Si, por lo tanto, realmente discernimos, en pensamiento, la substancia, de la forma-de-vida, como Aristóteles las denomina, entonces tendremos que tener en cuenta aparte todos los elementos químicos que se encuentran en fuga eterna, atravesando la forma de la vida orgánica, como carbono, calcio, oxígeno, nitrógeno, hidrógeno, sodio, hierro y cloro etc.; y, necesariamente, habremos de preguntarnos, ¿qué tienen que ver estos, en sí y por sí mismos, con la vida; respectivamente, con los procesos del alma y del espíritu? Todo esto solo cobra vida, en el sentido humano, en la medida en que la idea lo conciba; es decir, lo ordene bajo una forma orgánica; sin embargo y por lo tanto, mientras y durante el tiempo en que sirvan a esa forma específica, tampoco se podrá disociarlos de lo que Aristóteles denomina forma, ya que esta forma, en todas partes, simultáneamente es cuerpo y alma y que solo las diversidades de esta forma, a veces, sean contrapuestas erróneamente, en tanto cuerpo y alma.

Si, no obstante, contraponemos cuerpo y alma, en el sentido común, por ejemplo, separando, por un lado, la cognición y las excitaciones del sentimiento y, por otro, el movimiento muscular y la circulación sanguínea, entonces solo se tendrán dos esferas distintas de la vida anímica, la consciente y la inconsciente, donde, en cada una, la idea y la substancia etérea operen en asociación inextricable.

Contra todos estos errores, nos resguardaremos, a medida que la representación de la estructuración de las diferentes esferas de vida haya sido consolidada satisfactoria y completamente: cómo esta gradualmente se constituye, a partir de la acción diligente de un inconsciente y, según la secuencia divina superior, y cómo se mantiene continuamente de esta manera, también mediante la más íntima sinergia de los miembros. También en este contexto será necesario comenzar reconociendo que todas las divisiones que aquí, por ejemplo, se expresen y articulen como sistemas orgánicos individuales, solo son admisibles como recurso artificial para facilitar su visión y comprensión panorámica. Sería absurdo imaginar que los sistemas vascular, nervioso, respiratorio y digestivo pudieran tener separadamente cualquier especie de realidad; pues, es solo mediante su cooperación, en la totalidad de todos los demás, que estos se vuelven reales. Si, por otro lado, se asume firmemente esta representación, en su fundamento más profundo, entonces no solo se permitirá su consideración, uno tras otro, sino que también, incluso, esta se hará prioritariamente necesaria, para precisar de la mejor manera posible, el significado psíquico distinto, de la manera en que cada uno de estos sistemas, a su manera especial, se valora, ya sea consciente o inconscientemente, en la vida del alma superiormente desplegada. Sin embargo, teniendo en cuenta el abundante material proporcionado por los estudios más recientes sobre la historia del desarrollo del organismo, por ahora, solo será posible echar una ojeada panorámica; aun así, será necesario decir que incluso el menor hecho fisiológico nunca carece de algún significado psicológico; y que cuanto más el psicólogo también descienda a esas profundidades, tanto más rica será la recompensa que traerá a la luz, en beneficio de su área de conocimiento.

Por lo tanto, antes de todo, debemos dirigir nuestra atención al proceso en cómo ocurre que las irradiaciones individuales, que contienen la arqueimagen divina en vías de revelarse orgánicamente, se vivan en diferentes sistemas orgánicos. Es importante recordar, en este contexto, que todo y cada material de la formación solo se da a medida que precisamente esta misma forma primordial, por lo tanto, la misma

mónada o célula primordial, en la cual la idea de vida del organismo, por primera vez, fuera instaurada espacialmente, como el blastocisto microscópico, durante su desarrollo, se replique innumerables veces, de modo que, inicialmente, el organismo por venir se manifieste, fuera y adentro, como una construcción que requiera del elemento líquido de incontables células primordiales o mónadas, cada una con vida propia, y que, después de completado su ciclo de vida, resurjan, desaparezcan, para luego ser restituidas por nuevas mónadas; estas estructuras, cuanto más cercanas a la primogénesis de la formación general tanto más serán completamente idénticas entre sí; y, cuanto más distantes de esa, tanto más y más se encontrarán modificadas especial e individualmente y fusionadas en estructuras mayores, de modo que su individualidad desaparezca totalmente dentro de ellas. Esto se debe a que es la esencia y el objetivo de toda la revelación de la idea, en general, imprimir de manera cada vez más marcada y fuerte la individualidad. A medida que, así, ciertas secuencias de estas mónadas presenten más esta o aquella irradiación de la idea, también surgirán círculos de vida individuales, que se expandan también más y más espacialmente y, aquí y allá, aparezcan bajo la forma de construcción fusionada de estas células primordiales, los cuales caracterizamos con el nombre de sistemas orgánicos y en los cuales, por consiguiente, o bien solo se constituye una irradiación de la vida anímica inconsciente o bien se prepara prometeicamente, la futura manifestación de una irradiación de la vida anímica, que se revelará como conciencia.

Antes de adentrarnos más en estos desarrollos especiales, es necesario destacar una peculiaridad de estos procesos que debe considerarse como extraordinariamente característica de este tipo de producción a partir de nuestra arquetipo divina: su carácter maravilloso, instaurador, creador, y amplificador de todas estas formaciones primordiales (cristalizaciones) de nuestro organismo y de otros similares.

La fisiología enumera en este sentido manifestaciones que, para cualquiera, incluso para el neófito que acaba de comenzar a ocuparse de tales asuntos, tienen algo de fabuloso. Solo para dar una idea de la rapidez de tales procesos, por ejemplo, cito que nuestro propio cuerpo, desde su comienzo embrionario, en el período de solo una traslación lunar, aumenta más de quinientas veces su longitud o, en veinticinco mil veces, su volumen; e incluso hasta el paso de la segunda traslación subsiguiente, amplía, como mínimo, en cincuenta veces su masa; mientras que, simultáneamente, en su interior, continuando secuencialmente célula a célula, constituye la forma exterior del cuerpo; así como estructura los sistemas orgánicos interiores individualmente, con una objetividad y delicadeza excepcionales. La observación microscópica del desarrollo de los organismos animales iluminará aquí, en particular, a la ciencia, y difundirá por todas partes representaciones consonantes con la naturaleza sobre la celeridad, proporcionalmente, verdaderamente descomunal, de estas historias de formación; y si reflexionamos sobre estas cosas en sentido más elevado, entonces debería hacerse completamente evidente el extraordinario poder con el que, también en este aspecto, un divino que vive allí, totalmente y completamente inconsciente, es capaz de expresarse en estos procesos.

Ya este poder propio del principio anímico divino; este control e interpenetración absoluta de la sustancia, ya en un período en el que este anímico aún esté totalmente recogido en sí mismo, formando, como si estuviera soñando; o, ya que aún no razona por pensamientos, necesita pensar a través de formas, nos proporcionará, si ahora lo escudriñamos adecuadamente mediante nuestra conciencia, un gran paso adelante hacia el autorreconocimiento y la comprensión de nuestra alma. Evidentemente, sigue siendo notable, por otro lado, darse cuenta de que esta agilidad mediante la cual la idea vive allí, disminuye considerablemente, cuanto más la verdadera meta de esta vida debería considerarse como alcanzada. El ejemplo anterior indicaría cuán temprano disminuye la rapidez del proceso de desarrollo; pero si, a pesar de todo, continuamos profundizando en la historia de la vida, notaremos que, incluso antes del final del crecimiento general, en el primer cuarto de la duración de la vida y en los períodos más tardíos, ya aumentan las parálisis, degeneraciones y atrofas; procesos que, por lo tanto, también no faltan a las condiciones de vida anímica consciente y nos hacen percibir su reflejo decidido, lo que prueba que, ante la infinitud de la idea, cada revelación finita suya solo puede ser algo imperfecto, que, más temprano o más tarde, necesariamente, a menudo se disolverá y se perderá.

Si ahora investigamos más a fondo la constitución de sistemas y estructuras especiales en este devenir orgánico, aún habrá que destacar especialmente otra manifestación, que, aunque ya había sido señalada antes, de manera general, debido a su significado espiritual superior, necesita ser caracterizada ahora aún más de cerca: nos referimos, en particular, a la fusión de esas primeras unidades dadas, de esas células primordiales que surgen mediante la siempre reiterada instauración de la idea, en un todo cada vez más grande. Tan cierto como que, de manera general, todo lo que hay en el organismo comienza con la construcción celular, también es que, en todas las estructuras superiores, como en las fibras nerviosas, musculares, vasos sanguíneos y membranas, estas células primordiales se amalgaman completamente entre sí, mediante una formación progresiva, desapareciendo individualmente, pero ya demostrando a nivel inconsciente lo que al final, en el consciente, se convertirá en una tarea de vida superior, a saber, la desaparición de lo especial en lo general. Digno de notar y lleno de sentido en este sentido es, sin embargo, que tales formas primordiales no desaparezcan completamente en todas partes, sino que persistan, en general, de dos maneras: por un lado, específicamente donde se produce algo muy inferior, solo elemental, por ejemplo, en la circulación sanguínea de las llamadas células rojas; así como en las células epiteliales, en constante renovación, etc.; y, por otro lado, donde lo elemental necesita persistir, como formación primordial, como lo más elevado, para mantenerse siempre activo, mediante una polarización imágica, a través de la idea, es decir, en los nervios y en el cerebro.

La última observación nos lleva, por lo tanto, al sistema nervioso, que es el más destacado de todos los sistemas orgánicos en psicología. En este contexto, comprendemos que no solo en el ser humano, sino en toda la ordenación de todos los animales, tan pronto como la acción inconsciente y diligente del principio anímico produzca múltiples sistemas orgánicos a partir de esa masa primordial semilíquida de células primordiales para satisfacer las diversas necesidades de la existencia corporal, aún queda realmente en ciertas posiciones esa sustancia, casi en su totalidad en esa misma esencia más tierna semilíquida, como inicialmente se hizo evidente en la predisposición general del organismo. Aquí, donde una masa se acumula y, precisamente porque no se divide en otras estructuras dispares, ya que realmente no se polariza orgánicamente en otras, continúa conservando la capacidad de ser modificada en su tensión, es decir, polarizada, mediante la irradiación más sutil del espíritu de la idea, es decir, ya sea a través del sentimiento inconsciente o del pensamiento consciente. Si interpretamos este significado de tal formación de manera objetiva, entenderemos perfectamente su importancia extraordinaria y cuánto descansa todo el desarrollo superior del alma en este núcleo; y es precisamente por esta razón que uno no puede comprender completamente el tipo y la manera en que un alma dotada de energía superior puede manifestarse corporalmente si primero no tiene una comprensión suficiente de estos procesos de formación. Solo aquello que es en sí mismo aun altamente indiferente, más sutil, es decir, el material elemental semilíquido del organismo, puede ser adecuado para definirse y permearse por completo por las corrientes, movimientos y diferenciaciones interiores más sutiles que la adaptación de la idea a la manifestación desencadena; y cuanto más esta masa se muestre aún en la predisposición del organismo en su conjunto, más rápida será la velocidad con la que una formación orgánica multifacética puede materializarse dentro de ella; y, por lo tanto, una formación que debe permanecer sin mayores cambios orgánicos y solo manifestarse a través de cada repolarización más sutil del principio divino interior, a través de condiciones alteradas de la corriente y la tensión de la energía interna, solo puede ser aquella que sea capaz de preservar y presentar plenamente esa sustancia elemental semilíquida a lo largo de toda la vida. A través de este reconocimiento, ahora podemos comprender, en su fundamento interior, lo que hace mucho tiempo se había evidenciado claramente a la observación externa a través de la experiencia, a saber, que la dignidad superior o inferior del pensamiento fundamental divino de un organismo, en resumen, su alma, más o menos enérgica, más que nada, debe caracterizarse por el tipo y la predisposición de su sistema nervioso y, en adelante, por su actuación continua dentro de este: si presenta un grado más alto de centralización en el sistema nervioso o si, en la masa y la formación, una parte de esta, el cerebro, predomina en volumen y desarrollo más refinado en relación con los rayos que difunde sobre el organismo; o si estas irradiaciones, los nervios, son más refinadas y numerosas o más rudimentarias y escasas; todo esto, en consecuencia, será completamente característico y relevante para la constitución de una potencialidad para que emerja en la vida del alma esa centralización, sobre la cual, como se concluirá más tarde, solo puede consolidarse la posibilidad de la conciencia.

Precisamente debido a que el sistema nervioso es el más primordial, cristalino, dentro del organismo, solo puede presentarse retraído en su interior, por lo que a partir de ahora será imposible mantener una interacción directa con el exterior del organismo. Por esta razón, es necesario que surjan, por un lado, miembros intermedios; es decir, formaciones que cumplan la función de mediación; transmitiendo efectos externos a los nervios —para esto sirven los órganos sensoriales— (ya que lo que toca directamente al nervio, como en casos de lesiones, solo provoca un estado de sufrimiento en ellos: el dolor); o, inversamente, estructuras que transfieran la influencia de los nervios al exterior (y, para este propósito, los órganos locomotores, la musculatura, son especialmente adecuados). Por otro lado, sin embargo, también surgirán estructuras que integren este retiro del nervio; es decir, que demuestren un aislamiento más completo de este, especialmente de sus masas centrales; para esta función se destinó el esqueleto; y, específicamente, el esqueleto neuronal.

A partir de esto, surge el concepto de la necesidad de una mayor multiplicidad de sistemas orgánicos para que el alma pueda vivirse allí. Sin embargo, dado que esta diversidad solo puede manifestarse gradualmente en el tiempo y que tanto la materialidad como la espiritualidad de su ser requieren un intercambio constante de sustancias con el mundo exterior, será necesario el desarrollo de sistemas especiales para este intercambio, los cuales adquirirán una forma más definida. La división de estos sistemas destinados al intercambio material, que surgen de la celosa acción inconsciente de la idea y nunca prescinden de la firma psíquica, se determina de la siguiente manera: por un lado, por la necesidad de asimilación de sustancia; por otro, por la imperiosa necesidad de su excreción; y en tercer lugar, por su procesamiento interior indispensable. Así, surgen claramente, en la pluralidad de la edificación celular orgánica, los sistemas gástrico, respiratorio, entérico y vascular. Pero, así como la manifestación del organismo individual está destinada a ser temporal y solo adquiere una existencia duradera dentro de la idea de la especie a través de innumerables repeticiones de generación en generación, también debe estar inherentemente presente en el organismo, ya que proviene de un anterior, la posibilidad de una nueva generación, para la cual, a menudo, se funda un sistema especial, es decir, el de la reproducción de la especie. Como resultado de todo esto, se revela la necesidad de una gran multiplicidad de formación orgánica, bajo la cual, sin embargo, siempre solo una puede ser llamada central; una que sea el propósito supremo de todas las demás; que sea la única puramente anímica y, por lo tanto, pueda ser llamada la forma más cristalina de vivirse allí de un divino: el sistema nervioso. Es de extraordinaria importancia para toda comprensión de la vida anímica concebir estas condiciones con la debida claridad: así como Dios se revela a través de la totalidad de la manifestación del universo; pero, según nuestra capacidad de reconocimiento, más puramente, en naturalezas humanas nobles; así, por otro lado, el alma, el pensamiento básico divino del ser humano, se revela, aunque viviéndose en la totalidad del organismo humano, de la forma más directa, en su sistema nervioso. Estas condiciones deben ser contempladas detenidamente, a través de una profunda introspección, esforzándose por captarlas dentro de sí mismo, y solo entonces será posible llevarlas a una comprensión más clara. Evidentemente, en última instancia, es absolutamente esencial, en general, llegar a una convicción pura y transparente sobre la relación entre el ideal, que condiciona de manera causal la manifestación, y el material, en el cual el ideal puede manifestarse. En mi obra “Sistema de Fisiología”, indiqué que, así como aquí, donde la física del organismo hace la transición a la metafísica, porque aquí es necesario pensar en una división que se encuentra fuera y por encima de la realidad. La realidad —nosotros mismos, el mundo—, en fin, todo, solo tiene una existencia en la medida en que, simultánea e indisolublemente, ocurra una simbiosis entre idea y sustancia. Sin embargo, en nuestro propio ser ideal, conservamos la facultad de discernir, a través de nuestro espíritu, mientras nos colocamos por encima de la naturaleza (es decir, actuamos de manera metafísica), entre ambas, intrínsecamente entrelazadas, llamando a una de ellas, de ahora en adelante, idea - la imagen del ser anterior a cualquier existencia —el pensamiento de Dios; la arqueimagen— aquello que es eternamente idéntico a sí mismo, atemporal y no espacial; y a la otra, sustancia, o mejor dicho, éter (derivado de “αεί θέω” - “estar en eterno movimiento”), relativo a lo eternamente móvil y realmente movido, que a través de este movimiento determina el tiempo y el espacio; y, por lo tanto, dividimos, hasta cierto punto, en el pensamiento, lo que, según su verdad y esencialidad, está eternamente ligado y unido inseparablemente.[24]⁶

Durante este tiempo, es importante recordar especialmente que la indivisibilidad entre idea y substancia etérea nunca debería ser concebida de tal manera que uno, y precisamente el mismo elemento, esté siempre y eternamente, o incluso por un período prolongado, ligado a una misma idea; o que sea determinado por una y la misma idea; – al contrario, es inherente al concepto de substancia etérea, eternamente móvil y verdaderamente movida, que haya una constante fuga y atracción, de modo que, la misma idea necesite continuamente vivirse allí, siempre bajo nuevo éter; por lo tanto, que para siempre, cualquier idea se viva allí, a través de siempre nuevas metamorfosis, bajo substancias diferentes y nuevas. Así, nos encontramos con una eterna atracción y fuga de los elementos, a veces más lenta, otras más rápida; a veces imperceptible, otras masivamente; pero nunca inercia, ni parálisis absoluta; nunca una unión permanente de las mismas potencias y, en resumen, esto constituye la razón de la eterna transformación del mundo.

Sin embargo, no me es posible aquí entablar una discusión más detallada sobre estas comprensiones fundamentales; tampoco me perderé en polémicas contra aquellos que piensan de manera diferente. Hay verdades que el ser humano necesita encontrar en su interior; – verdades que, como dijo una vez Goethe, necesitan ser “organizadas, de abajo hacia arriba”; y para aquellos a quienes no les llegan, no pueden ser probadas desde afuera; y, por esta razón, todo esto quedará confiado a la conciencia de la verdad del lector; tal vez las exposiciones sobre la vida anímica que siguen logren convencer, cada vez más, de que solo se puede llegar a una comprensión más clara si la concebimos desde esta raíz.

Si, no obstante, avanzamos inicialmente hacia la exploración del desarrollo de la polarización y estructuración interior del organismo, conducida y determinada por un inconsciente, entonces será necesario prestar especial atención a cómo, en los diferentes sistemas orgánicos, cuya necesidad, en general, expusimos anteriormente, ciertas direcciones peculiares de la vida anímica deben llegar a una manifestación muy especial. Hemos observado, en particular, que solo el sistema nervioso puede considerarse como auto propósito de la vida anímica; mientras que todos los demás se refieren completamente a las relaciones del individuo con el mundo exterior. Por lo tanto, solo el sistema nervioso es puramente anímico en sí mismo, indiferente, sereno, peculiar, misterioso; en fin, un todo similar a las corrientes magnéticas y galvánicas. Pero también que todos los demás sistemas, con sus estructuras, se constituyeron a partir de una substancia genérica primordial, esencialmente idéntica a la semilíquida del sistema nervioso, a través de esa celosa acción inconsciente de la idea y su acomodación a la substancia orgánica; y, por lo tanto, que también estos son anímicos – en la medida en que comprendan una vida anímica especial, inicialmente solo inconsciente; y que, igualmente, pueden ser llevados posteriormente a la conciencia, al menos parcialmente, a través de la vida consciente en el sistema nervioso. A continuación, será importante investigar aquí también más de cerca y en detalle, estas diferentes irradiaciones de la existencia anímica, para hacer evidente cómo, a través de esto – casi diría – se fundamentan almas especiales o círculos anímicos, dentro del alma, sobre cuyo reconocimiento correcto, principalmente reposa lo que comúnmente, como se mostró anteriormente, erróneamente se llamaría enseñanza sobre la influencia recíproca entre cuerpo y alma.

Estas provincias especiales, por lo tanto, a través de las cuales el organismo se estructura, son, como se dijo, junto con aquellas más relacionadas con el sistema nervioso (las estructuras sensoriales, las locomotoras y las del esqueleto), las nutricionales, que se subdividen, en parte, en la absorción y procesamiento de las sustancias, y en otra parte, en su digestión y evacuación. Siendo que estas últimas se distinguen, por un lado, entre aquellas que matan cosas exteriores y las utilizan para alimentarse, como la secreción biliar de la vesícula y similares; y aquellas que, a través de la exhaución de cosas interiores, liberan y vivifican, como ocurre en la respiración. Finalmente, sin embargo, es el desarrollo continuo de la especie, que se convierte en la tarea de un sistema orgánico propiamente dicho: – tan cierto como que de aquí en adelante cada una de estas provincias, cada uno de estos sistemas, surja a través de la celosa acción inconsciente del alma, también será necesario que haya y persista, para cada uno de ellos, un dominio especial de las mociones peculiarmente interiores del alma, a partir del cual, a su vez, su matiz peculiar se compartirá en la conciencia, en la medida en que esta se desarrolle. De esta manera, entonces, es como surgen esos humores peculiarmente sentidos en la vida del alma consciente (Gefühle, sentimientos – NT), los cuales, a su vez, se manifiestan reflejados en la conciencia, a partir de procesos orgánicos que, ellos mismos, a menudo,

están condicionados únicamente por ciertas direcciones anímicas inconscientes. Podemos considerar estos temperamentos como ciclos especiales, en los cuales, un mismo sentimiento a veces se aumenta o se disminuye, revelándose a veces, por un lado positivamente y por el otro, negativamente. Por ahora, solo queremos indicar provisionalmente los procesos más relevantes de este tipo; más adelante, tendremos la oportunidad de analizarlos más detalladamente.

Así, por ejemplo, en lo que respecta al ámbito de la alimentación, bajo su dimensión psíquica, predomina aquel sentimiento que se fusiona, en el lado positivo, por la afirmación vivificante de la existencia; y, en su lado negativo, cuando está basado en la descomposición y la miseria, posteriormente, incluso en la vida anímica consciente, será tomado por una gran cantidad de condiciones adversas. La abundancia de una vida sanguínea vigorosa y de una actividad robusta y saludable del corazón, en la dimensión orgánica, está acompañada por una, o mejor dicho, ella misma es una predisposición anímica inconsciente, que se siente, cuando ocurre el desarrollo de la conciencia, como valentía y vitalidad. Inversamente, una vida sanguínea disminuida, una pérdida significativa de sangre, una debilidad del latido cardíaco y una flacidez de su textura, se reflejará en el psiquismo, en forma de desánimo, miedo, sensación de debilidad e incapacidad generalizada. – Así también, es fácil observar, independientemente de qué lado provengan, si del puramente orgánico o del psíquico, cómo estas alteraciones del humor se estimulan: el estado prolongado en condiciones de excitación por miedo y pusilanimidad suscita los estados mencionados de la vida sanguínea enfermiza y viceversa; y todo indica cuánto tenemos motivo para considerar ambos, siempre y continuamente, como algo unido. – De igual modo, sucede en el ámbito de la asimilación de sustancias: la vida del sistema digestivo, mediante la cual se introduce una nueva abundancia de materias elementales al organismo, se expresa, a nivel psíquico, por la sensación de bienestar o tormento, en relación con el sentimiento peculiar de una existencia que de alguna manera se ha vuelto real; estados estos que se revelan y, así también, se multiplican, en la esfera consciente más elevada, a través de la agradabilidad de la sensación de saciedad y el buen gusto, en relación con lo que evoca este tipo de condición; o, lo desagradable, mediante el sentimiento de inanición, hambre, sed y la impresión de náusea a aquellos elementos, no perfectamente adecuados para la alimentación. Este último aspecto solo ocurre, sobre todo, a medida que colabora un sistema nervioso; pues, lo que realmente tiene sed, hambre o se encuentra en un estado de saciedad, de ninguna manera puede ser el propio sistema nervioso; es decir, el alma que se prepara para la conciencia, sino que son las modificaciones del totalmente inconsciente y, en este caso, del sistema digestivo; es decir, las alteraciones de esa estructura vital y la concretización del ciclo anímico inconsciente, destinado a suplir y permear el organismo con nuevas sustancias. También la planta puede tener sed o estar saciada; sin embargo, no tiene la capacidad de elevar este ‘percibir inconscientemente’ (Erfühlen).[25]⁷ oscuro para cualquier tipo de percepción verdadera y, por lo tanto, nunca alcanza el sentimiento de lo agradable, de la saciedad, ni de lo desagradable, de la sed.

En consideraciones de este tipo, inmediatamente nos damos cuenta de que realmente falta a la lengua una palabra adecuada para caracterizar con precisión este tipo de movimientos de la vida anímica inconsciente como tales. En vista de esto, necesitamos recurrir a las circunlocuciones más extrañas para tratar de ser mínimamente comprensibles respecto a lo que realmente tenemos en mente. También es muy natural que tales caracterizaciones solo puedan encontrarse, o mejor dicho, puedan formarse, recientemente en el idioma. Específicamente, ya había advertido anteriormente que el reconocimiento del inconsciente en la conciencia es en todas partes el último y más alto grado de la ciencia; así como en relación con la técnica, el arte más bello solo puede surgir donde esta habilidad a menudo se vuelve inconsciente. Precisamente, por lo tanto, solo cuando las investigaciones más refinadas y profundas asumieran la tarea de adentrarse conscientemente en el reino de la existencia inconsciente, surgió la necesidad de formar un vocabulario de este tipo en el idioma. En mi “Sistema de Fisiología”, en la introducción al tercer volumen, por primera vez llamé la atención de manera detallada sobre este aspecto y también sugerí (después de haber mostrado cómo incluso Baco sentía la necesidad de tales formas de lenguaje, neologismos) el uso del término “percepción inconsciente” (Erführung) - perceptio. [26]⁸ Y así, caracterizar lingüísticamente la sensación inconsciente del alma, que aún se vive solo a través de la actividad formativa orgánica. Cuando hayamos otorgado la mayoría de edad a esta caracterización, tanto en cuestiones fisiológicas como psicológicas, inmediatamente

obtendremos un verdadero avance en todos los análisis. La ‘percepción inconsciente’ del alma, de la vida del sistema vascular sanguíneo o digestivo, es por lo tanto lo que verdaderamente condiciona todas las disposiciones de humor, cuyo reflejo en la vida consciente hemos enumerado anteriormente como coraje o pusilanimidad, sensación de saciedad o de hambre, etc.; porque aunque definitivamente recibimos estas sensaciones a través del sistema nervioso en el espíritu consciente, conceptualmente no se puede buscar su causa dentro de este; y por lo tanto, esa causa no puede ser otra que ese sentimiento carente de conciencia, registrado en relación con el estado en el que se encuentren los demás sistemas no nerviosos. La sensación, el sentimiento consciente, sin embargo, solo será posible en la vida del único y verdadero sistema puramente anímico: es decir, el de la vida neuronal; sin embargo, el sistema nervioso no vive solo en sí mismo, sino que también es el punto central de todos los demás, a través de los cuales interactúa con el mundo exterior; en este sentido, es capaz de asimilar en sí mismo los estados de estos sistemas colaboradores y, en función de ello, también dirigir las impresiones inconscientes de un sistema a otro; y, por lo tanto, es el único capaz de elevarlas al nivel de sensaciones.

Por lo tanto, la planta, cada célula primordial, cada una de las estructuras no nerviosas tanto del animal como del ser humano, tiene esta ‘percepción inconsciente’; incluso la receptividad del nervio, mientras no se desarrolle completamente hacia la centralidad de la vida neuronal; o, cuando esto se suspende nuevamente, no puede sino percibir inconscientemente; por lo tanto, no es posible, por ejemplo, afirmar que el embrión sienta; tampoco el recién nacido, así como el feto anencefálico, en el cual el punto central del sistema nervioso ni siquiera se ha formado, que ambos sean capaces de sentir; en estos casos, especialmente, solo ocurre una recepción y un reenvío, una *perceptio* inconsciente, de estímulos; pero ninguna *sensatio*. [27]⁹

Concomitantemente, debo observar que, así como hasta hoy ha faltado una caracterización lingüística precisa para esos sentimientos de uno mismo inconscientes, también carecemos de un término adecuado para lo que anteriormente llamé recuerdo sin conciencia del pasado del organismo, así como de previsión sin conciencia de su futuro; por lo tanto, es aún más necesario intentar formar un término correspondiente para que, posteriormente, sea más fácil exponer cómo, en la existencia consciente, a partir de tales capacidades, se desarrollan tantas otras cosas, y cómo, desde la ausencia de conciencia, gradual y progresivamente, se constituyen como conscientes. En este ínterin, es interesante tomar nota de que, a partir de estos sentimientos prometeicos y epimeteicos, cuya esencialidad para todo el proceso de formación de un organismo ya se discutió anteriormente, también en relación con el primero (el prometeico), dado que nunca alcanza en general la plena conciencia en el ser humano, sino que siempre consiste en una peculiar opacidad, ya se ha encontrado una caracterización relativamente precisa a través del término “intuición” (Ahnung), “presentimiento” (Vorahnung) - aunque este último siempre implique cierta conciencia del futuro; y, por otro lado, en relación con el último (el epimeteico), que conocemos más claramente en su forma consciente (la memoria), pero que, en su forma desprovista de conciencia, nunca antes había sido considerado, y en consecuencia, carece totalmente de cualquier designación terminológica específica. Por lo tanto, si aquí también tuviéramos que formular neologismos propios, entonces deberían adoptar la forma lingüística de “interiorización” (Innerung), cuando se trata de la percepción sin conciencia del pasado, y de “intuición” (Ahnung), cuando se trata de la percepción inconsciente anticipatoria sin conciencia del futuro, lo cual ciertamente sería más práctico. Así, observo aquí, de una vez por todas, que, de ahora en adelante, emplearé, siempre que sea apropiado, a lo largo de las consideraciones actuales, los términos percepción inconsciente, interiorización, intuición bajo este aspecto, en contraste con sensación, recuerdo y previsión o anticipación.

Continuando con la consideración de la estructuración del organismo en sus sistemas y modos de percepción inconsciente especiales, aquellos que están más cerca del análisis son el respiratorio y el secretor. En cierto modo, ambos están contrapuestos a la alimentación: el primero (el respiratorio) tiene el significado de impregnar el interior con éter vital fresco, para que, de manera continua y constante, se volatilice en general a través del aire; mientras que en el segundo (el secretor) hay un goteo constante desde el interior, a menudo con el propósito de destruir algo externo para luego servir de alimento a quien lo destruye. Por lo tanto, la dimensión psíquica de la percepción inconsciente se presenta de manera muy distinta en ambos: ese sentimiento oscuro, cuando fuerza su paso hacia la conciencia, que se percibe como valentía,

fuerza de acción, entusiasmo, ligereza de movimientos, es parte tanto del sistema respiratorio, como de su opuesto, el miedo, la aprensión, la angustia, que se manifiestan cuando la respiración está sofocada y restringida. Sin la respiración, esa percepción inconsciente, que constituye la base de estos sentimientos, permanecería completamente ajena y, cuanto más una criatura esté llena de respiración, más será controlada por esta. Ejemplos de este último aspecto nos son proporcionados por insectos y aves, cuya volatilidad [28]¹⁰ solamente es posible, a través de su fuerte capacidad respiratoria, mediante la cual incluso denominamos la peculiaridad de varios sentimientos humanos. Por otro lado, en lo que respecta a la secreción, los más relevantes están asociados a la muerte de algo exterior para asimilarlo en el organismo. Dado que estos procesos en sí mismos son mucho más ocultos y no están sujetos al arbitrio, por ejemplo, en comparación con los de la respiración, su percepción inconsciente permanece mucho más distante de la conciencia que los anteriores; no obstante, también a partir de estos, una serie de impresiones sensibles sobrevienen a la conciencia, asumiendo allí, por lo tanto, un matiz odioso-mortal. La expresión “un humor amargo” es tan característica de esta percepción inconsciente peculiar de un sistema hepático irritado como lo es la expresión “volátil” para la esfera de la respiración más viva. Tal consideración de lo que posee la misma designación en estos estados es muy apropiada para hacer más clara la constitución de lo consciente a partir de lo inconsciente, sobre lo cual se hablará detalladamente más adelante; y, especialmente, también para enseñar a comprender cada vez más claramente su significado en relación con lo que comúnmente se caracteriza como la influencia del cuerpo sobre el alma y viceversa; ya que a través de esto, comúnmente solo está en juego la influencia de un sistema orgánico sobre otro; específicamente, el efecto de estas percepciones inconscientes oscuras sobre el sentimiento consciente y sobre el alma cognitiva, y viceversa. Si así, por ejemplo, la vida del corazón y de los vasos sanguíneos y, secundariamente también, la de los pulmones, se ve disminuida por una hemorragia; entonces, simultáneamente, se establece un sesgo negativo en las percepciones inconscientes peculiares de estos sistemas; y dado que estos no pueden desencadenar de otro modo que una repolarización de la idea fundamental del organismo, de la cual cada uno de estos represente individualmente solo una idea parcial, también se refleja en la región del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad consciente un humor decididamente diferente: una disposición de abatimiento, pusilanimidad y debilidad, e incluso de desmayo (pérdida de la conciencia). En tales situaciones, por lo tanto, de ninguna manera se destaca algún tipo de dominio especial del cuerpo, como algo que sea autónomo con respecto al alma, ya que menos se puede hablar de esta manera cuanto más se entienda que el cuerpo es solo la manifestación del alma misma; y, por lo tanto, se trata sobre todo de una influencia de la vida sanguínea y respiratoria sobre la neuronal, que es más cristalinamente anímica.

Finalmente, el ámbito de la vida sexual, en función del progreso de la especie, nos brinda una oportunidad especial para consideraciones de este tipo. En este sistema, que se desarrolla bien después que los demás, se debe destacar de la manera más resoluta posible la antítesis entre la vida individual y la de la especie; pues a través de este, la nueva criatura, como un todo, se distingue de la antigua; en él yace todo el placer de una nueva vida a punto de emerger, así como todo el dolor de otra que está a punto de perecer. Al mismo tiempo, este sistema constituye, más que los demás, que no están contrapuestos uno a uno, sino como individuo a totalidad, en la medida en que, al reproducir el todo, también asume una mayor hermeticidad en sí mismo; y por lo tanto, las percepciones inconscientes de este pueden dominar de la manera más singular al organismo como un todo. En el reino animal, observamos en este sentido que, con mayor frecuencia, toda la existencia individual depende únicamente de este sistema. Cuando el animal llega al apareamiento, en muchos casos su ciclo de vida ya está consumado. En el alma humana, precisamente por eso, se sitúa en esta región la posibilidad del más alto incremento del sentimiento de bienestar y placer interior, al que en el lenguaje común se le asigna un término propio: “voluptuosidad” (Wollust), que no es más que compartir la percepción suprema y vívida del ámbito inconsciente del sistema sexual con la esfera suprema consciente de los nervios; sí, desde aquí, en el alma consciente, se proporciona la potencialidad de elevarse y espiritualizarse cada vez más, hacia la pasión más poderosa de todas, y precisamente aquella que encierra la mayor felicidad y el mayor dolor, es decir, el amor.

Si ahora echamos una mirada panorámica sobre la multiplicidad de estos hechos en su conjunto, después de haber presentado brevemente la historia de la delimitación de las diversas provincias orgánicas y de las

distintas percepciones de una psique inconsciente, obtendremos como resultado, en relación con la teoría de la vida del alma, las siguientes sentencias importantes:

- a) La acción celosa e inconsciente de la idea determina una estructuración de la formación corporal en diferentes sistemas, en cada uno de los cuales se concreta un rayo especial de la existencia anímica ideal.
- b) El único sistema puramente anímico, a partir del cual sus percepciones inconscientes y mediante una mayor concentración, únicamente puede desarrollarse la conciencia, es el nervioso.
- c) En cada uno de los demás sistemas orgánicos, el alma es, en sí misma, solo capaz de tener un círculo restringido de percepciones carentes de conciencia que solo pueden ser compartidas a la conciencia mediante el entrelazamiento de las capilaridades del sistema puramente anímico con este, y así asimilar sus percepciones inconscientes e incorporarlas al sistema nervioso central.
- d) En el reconocimiento de la multiplicidad primordial de estos sistemas y sus percepciones inconscientes especiales, encontramos el primer punto de apoyo para obtener una comprensión objetivamente adecuada de la pluralidad interior de los diversos círculos anímicos que, originariamente, son inherentes a cualquier vida anímica superior. Mucho antes de tomar conciencia de un quantum de representaciones y sentimientos, el alma se vive allí sin conciencia, como una diversidad; y solo cuando se llega a la conclusión clara posterior de la multiplicidad de estos círculos vitales es que, mediante el conocimiento del propio yo, encontrará su núcleo; por lo tanto, también nos proporcionará una representación adecuada de la vida anímica; en resumen, también aquí necesitamos convencernos a menudo de la verdad de esa sentencia con la que abrimos todas estas consideraciones: “la clave para el reconocimiento de la vida anímica consciente se encuentra en la región de la inconsciencia”.

Carl Gustav Carus

(*) Carl Gustav Carus (1789-1869) fue un destacado médico, naturalista y filósofo alemán del siglo XIX. Nacido el 3 de enero de 1789 en Leipzig, Alemania. Estudió medicina en la Universidad de Leipzig, donde más tarde se convirtió en profesor de obstetricia y ginecología. Además de su práctica médica, Carus tuvo una notable influencia en varios campos, incluyendo la pintura, la filosofía, la psicología y la integración de lo biológico y lo psicológico. En psicología, Carus realizó importantes contribuciones al estudio de lo inconsciente y a la comprensión de la mente humana. Sus ideas sobre la relación entre el cuerpo y la mente influyeron en el desarrollo posterior del psicoanálisis y la psicología profunda. Abogaba por una visión holística del ser humano, integrando aspectos biológicos y psicológicos en su comprensión de la mente y el comportamiento humano. Además de su trabajo científico, Carus era un talentoso artista y músico. Sus habilidades en la pintura y la música se reflejaban en su enfoque estético y filosófico del mundo natural. Carl Gustav Carus falleció el 28 de julio de 1869 en Dresde, Alemania, dejando un legado duradero en la medicina, la ciencia, la filosofía y la psicología del siglo XIX.

NOTA: este texto corresponde la primera parte del Capítulo 1. De la Vida Inconsciente del Alma. (pág. 20 a 55) del libro “Carus: Psique: Sobre a história do desenvolvimento da alma”. de Carl Gustav Carus. Traducido del alemán al portugués por Sidnei Vilmar Noé.

CARUS, Carl Gustav. *Psyche: Zur Entwicklungsgeschichte der Seele*. Pfarzheim: Flammer e Hoffman, 1946. 385 pp. (edición alemana).

CARUS, Carl Gustav. *Psique: sobre a história do desenvolvimento da alma*. Tradução Prof. Dr Sidnei Vilmar Noé. Pfarzheim: Flammer e Hoffman, 1946. 385 pp. (edición portuguesa).

Notas al final

- 1.- Se ha mantenido la referencia del libro de Sidnei Vilmar Noé para las citas siguientes: [15] Obs.: recurrentemente el autor usa comillas sin indicar la fuente. Donde fuera posible encontrar la fuente, esta se indicará en nota. De manera general, da la impresión de que el autor también utiliza las comillas para autorreferencias en otras obras (aunque a veces sin citar la obra) o a expresiones idiomáticas. – NT.
- 2.- [16] Es muy probable que se trate de Georg Ernst Stahl (1659-1734) – NT.
- 3.- [18] Tse trata de Georg Ernst STAHL (1659-1734) – NT.
- 4.- [22] Ur-Bild (imagen primordial, protoimagen): se optó por el neologismo arqueimago aquí, ya que corresponde más esencialmente a la filosofía platónica subyacente. – NT
- 5.- [23] ARISTOTELES, Sobre el alma II, 1, pp. 412-27 – NT.
- 6.- [24] Esta, que es la más primordial de todas las contraposiciones, el antagonismo entre la idea y la substancia etérea o, simplemente, éter, como la llamo, ya había sido reconocida plenamente por la más antigua de todas las filosofías: la hindú. Es importante recordar esto, no como una autoridad, ya que el reconocimiento racional no puede someterse al yugo de una autoridad, sino simplemente para mostrar que incluso en épocas tan remotas, una meditación clara sobre el mayor enigma del universo necesariamente conduciría a un resultado similar al que, incluso en nuestra época, a través de una reflexión más madura, no se podría presentar de otra manera. Por lo tanto, ya entre los hindúes, se distinguía entre (a) materia eterna, *natura naturans*, éter, prakriti o mulaprakriti, y (b) razón natural, es decir, la idea que determina y condiciona el éter, como buddhi, ciertamente también como *anima mundi*, *purusha*. Sí, a partir de ambas, surge una tercera (c) - la diferenciación del yo, es decir, la autoconciencia (*ahankara*). Cf. Peter von BOHLEN, La India antigua, 2ª parte, p. 311 s.
- 7.- [25] “Erfühlung” (verbo - *erfühlen*) es un concepto recurrente en la obra, aunque en desuso en el idioma alemán actual. Su sentido léxico es el de palpar, percibir. Por ejemplo: “die langsam erfüllte Einheit und Urbezeichnung”. También se aplica a la acción de sentir el pulso (*judicium ex tactu*). Se puede encontrar en: Herder 19, 123. Deutsches Wörterbuch von Jacob und Wilhelm Grimm. 16 Volúmenes en 32 Tomos. Leipzig 1854-1961. Índice de fuentes: Leipzig 1971. Versión en línea del 16.11.2020. Teniendo en cuenta el contexto, se optó por “perceber inconscientemente”, claramente en el sentido de “presentir algo”. – NT.
- 8.- [26] Aunque efectivamente el término latino debería traducirse como ‘percepción’, su equivalente en alemán sería ‘Wahrnehmung’, que sin embargo evoca un campo semántico eminentemente perceptual a través de los sentidos, lo cual no es el caso de “Erfühlung”, que precisamente se refiere a lo que metafóricamente, en portugués, se describiría como ‘sentir el pulso’; por lo tanto, se optó por esta circunstancia ‘tantear-sensible’. – NT
- 9.- [27] El texto original utiliza el término “*senhatio*”. Es posible que sea un error ortográfico, ya que la ortografía latina correcta debería ser “*sensatio*” (sensación). Los conceptos “*erfühlen*” y “*empfinden*” están respectivamente relacionados con la “percepción inconsciente” (perceptio) y la “sensación” (sensatio). – NT
- 10.- [28] “Flatterhaftigkeit” se refiere a la calidad de batir las alas, de dar alas a algo, de revolotear; por extensión, se refiere a la volatilidad, inconstancia. – NT